

LOS CIMIENTOS DE LA CIVILIDAD¹

En su cuidadoso alegato “Tres asedios a Vasconcelos”, Javier Garciadiego se apresura a precisar su principio historiográfico al cual se apega cabalmente: dice escribir “desde la aséptica postura del historiador”. Y es cierto, porque así lo demuestran las tres decenas de sus artículos dedicados a la historia cultural mexicana comprendida dentro de la primera mitad del siglo xx. En ellos, que suman poco más de seis centenas de páginas, la investigación histórica de nuestro autor se centra en dos actores sociales. Uno es una institución formal: la Universidad Nacional con Justo Sierra a la cabeza. El otro devino de una institución imaginaria: el Ateneo de la Juventud, reconstruida a través de tres de sus más preclaros protagonistas: Reyes, Vasconcelos y Henríquez Ureña, más cuatro de sus simbólicos herederos: Gómez Morín, Cosío Villegas, Silva Herzog y Reyes Heróles, entre los más destacados dentro de un repertorio de sujetos históricos sensible-

mente exiguo, pues ni siquiera suman media docena de individuos casi todos de la misma generación.

La historia cultural que construye Javier Garciadiego parece estar articulada a partir de la doble y bien modulada matriz que representan las dos referidas instituciones, cuyos actores individuales parecen cumplir la función de vectores, todos orientados hacia una deseada meta imaginaria: la civilidad. Debido al rigor de su aséptica conducta, nada de la interpretación que ahora sugiero asoma en sus indagaciones. Esto porque su manera de concebir y escribir historia está ceñida a la perfecta explicación avalada sobre fuentes directas y fehacientes, las cuales sintetiza parafrásticamente y despliega en un relato perfecto por su organización, ponderación y limpia sintaxis. La suya, es una historia cultural del todo prudente respecto a la demostración como base de una explicación atada a la verdad, según se desprende de las abundantes y variadas fuentes directas. Por eso, sus intuiciones interpretativas apuntan hacia el análisis político con marcado acento en la administración de las instituciones y de la vida pública de los actores individuales, lo cual disminuye sensiblemente

¹ Estas notas eminentemente interpretativas y por ende subjetivas, derivan del trabajo histórico de Javier Garciadiego compendiado en su libro *Cultura y política en el México posrevolucionario*, México, INEHRM, 2007, 644 pp. Fueron expuestas en la presentación del libro, ocurrida en agosto de 2007 en el INEHRM.

el análisis humanístico, para colmo ayuno de los aspectos estéticos y morales. Esta doble carencia es comprensible en la asepsia historiográfica, porque su abordaje conlleva siempre valoraciones subjetivas más próximas a la intuición que a la documentación.

En otras palabras, el libro *Cultura y política en el México posrevolucionario* amplía el sólido cimiento histórico que desde hace casi dos décadas Javier Garciadiego ha venido construyendo, como ilustra su libro *Rudos contra científicos* (1996), que tomó sus buenos años elaborar. Sobre tan consistente piso de historiografía cultural, la indagación histórica en la perspectiva de las ideas o mentalidades —en donde la moral y la estética ocupan un lugar preponderante— puede proseguir con paso más seguro, como ilustra el riguroso análisis de la vida paralela de los hermanos Rodolfo y Alfonso Reyes, porque con ese ejemplo Garciadiego traza neto el camino a seguir cuando indica: “el espíritu puede más que el poder y las letras pesan más que las espadas.”

La pertinente invocación del paradigma clásico deviene de una afirmación categórica y reveladora, más porque se desprende del muy comprensivo y crítico estudio de dos vidas de suyo emblemáticas: Rodolfo y Alfonso son herederos de la mejor tradición militar del XIX encarnada en el General Bernardo Reyes. El hijo mayor asumió los riesgos de la lucha política por el poder entre los hombres, y el hijo menor padeció las fatigas de la lucha por el conocimiento del espíritu humano. Javier Garciadiego, rotundo y aséptico, nos deja con esta disyuntiva a la mitad del siglo, luego de reconstruir pormenorizadamente la historia de las dos rutas: la ruta de la lucha política en un libro que ahora está en pren-

sa y la ruta de la lucha por la cultura en el libro que nos ocupa.

Volvamos a la simbólica matriz en su momento fundacional, 1910. Como muchos más que coincidimos en experiencias generacionales comunes, vitalmente también Javier Garciadiego está marcado por el escepticismo y la sospechas. Es decir, cree y confía en la política cultural y duda y cuestiona la cultura de la política. Éste no es un simple juego de palabras, sino una hipótesis historiográfica que durante nuestros años formativos más decisivos rondaba en el ambiente intelectual y se traducía en una interrogante: ante un episodio histórico tan profundo como el de la Revolución, ¿importa más lo que cambia o lo que permanece? La respuesta que Garciadiego nos ofrece la ha reflexionado e indagado a lo largo de varias décadas. El más que elocuente título de su primer libro enuncia la disyuntiva y explica la respuesta: la técnica de la lucha por la cultura terminará por imponerse sobre la rudeza de la política. En el libro que nos convoca muestra el proceso que, sin prisa pero sin pausa, ha tomado más de medio siglo y ha dado como resultado la consolidación de una dinámica social nutrida y articulada por los componentes básicos de la civilidad en su más amplia acepción.

Así, Javier Garciadiego resolvió la interrogante mediante una sagaz y comprensiva explicación: la evolución de las normas e instituciones de la civilidad que surgieron en México a partir de la Reforma, en 1910 con Sierra y el Ateneo llegaron a la tan paradigmática como simbólica cima de la creación de la Universidad Nacional de México, y del balance histórico del pasado cultural remoto e inmediato, como ilustra el ciclo de conferencias del Ateneo. La

marca de fuego cifrada en el 20 de noviembre famoso, estableció las pautas deseadas para encausar la evolución de las referidas normas de la civilidad y para crear las instituciones encargadas de ella.

La paradoja que describe Garciadiego resulta reveladora en el ámbito de la historia cultural: lo mejor del siglo XIX permaneció, porque cambió para adecuarse a las nuevas exigencias de una sociedad también nueva, y aquello que se negó al cambio desapareció, si no por decreto como la abrogación de la filosofía positivista como doctrina pedagógica en 1913, sí como el natural, cuando no inducido proceso de muerte. Es decir, como las reconstruidas por Plutarco, las vidas paralelas de los hermanos Reyes que nos presenta Javier Garciadiego son más que representativas de la falsedad de la disyuntiva que ya referí: Alfonso trascendió porque cambió los objetivos y armas de la lucha por el porvenir, mientras Rodolfo yace en el olvido porque se afanó en la repetición necia y ensoberbecida de un tipo de lucha ya entonces obsoleta.

La explicación de este largo y enrevesado proceso histórico a Javier Garciadiego le tomó varias décadas de indagación. En su trayecto formativo y reflexivo es fácil advertir la bienhechora sombra de sus modelos, tanto profesionales como vitales, dentro del ámbito mexicano. En las tres aproximaciones historiográficas incluidas en su libro podemos identificar, por un lado, los términos teóricos y metodológicos con los que construye una historia cultural y, por el otro, los alcances políticos de su interpretación. En ambos horizontes el núcleo conceptual es único, ahora expresado con otros términos: "debe ya reconocerse que las instituciones y los pactos

han sido más fuertes, y menos destructivos, que las armas." El credo de asepsia como historiador atempera los alcances políticos (en el sentido ideológico) de su interpretación; a cambio, tal asepsia la encausa hacia la amplitud y penetración comprensiva del proceso histórico de la conformación cultural, sin omitir el justo equilibrio entre la función de los actores sociales y políticos (desde los individuos hasta las instituciones) y los efectos interactivos de los contextos (desde los municipales hasta los internacionales), como generosamente ilustra el artículo "Alfonso Reyes, embajador en Argentina".

La explicación del proceso histórico de la construcción de la civilidad por vía de la cultura se dibuja neta en la treintena de artículos reunidos en *Cultura y política en el México posrevolucionario*. En ellos Javier Garciadiego reconstruye las características constitutivas y sus consecuencias de la simbólica matriz que fue (y sigue siendo) la Universidad Nacional y el Ateneo de la Juventud. Aquella como institución real y éste como institución imaginaria, de ambas se desprende una exigencia social normada dentro de los paradigmas culturales, en los cuales los ejes éticos y estéticos son tan sólidos como invisibles. En otras palabras, el más que influyente trío conformado por Reyes, Vasconcelos y Henríquez Ureña pautó las conductas simbólicas a seguir: a) el doble compromiso de la participación activa en la función de la gestión pública institucional y el decidido empeño en la formación de recursos humanos; b) el esencial compromiso con la inteligencia y sensibilidad mediante la profesionalización cabal dentro de dimensiones universales; c) la generosidad comprensiva e incluyente hacia las expresiones del hombre

en todas sus manifestaciones, y d) la intransigencia rotunda ante la estupidez y la morigeración complaciente.

Gómez Morín, Cosío Villegas, Silva Herzog y Reyes Heróles son los vectores que se desprenden de la modulada matriz, cuya cualidad multiplicadora tuvo efectos exponenciales. Lo sabemos, no son los únicos, pero sí de los más influyentes en la vida cultural y política de México a lo largo del siglo xx. Javier Garciadiego se detiene en ellos por su incuestionable representatividad en el decidido impulso en la construcción de nuestra civilidad, siempre sólida, siempre vulnerable. Su herramienta esencial fue una, que Reyes cifró en un aforismo: “Para los asuntos de la razón, la palabra es suficiente.” Y con palabras ellos contribuyeron en la concepción y edificación de las instituciones cuya única razón de ser son las mismas palabras, indispensables para la transmisión del conocimiento, para la comprensión del pasado y del presente, para la construcción compartida de la visión del mundo social, político y cultural dentro del parlamento y, por si fuera poco, para que la sensibilidad e imaginación de algunos individuos trascienda entre los hombres, con lo que prosigue el benéfico efecto multiplicador de la cultura.

Para concluir resulta imprescindible referir una característica tan natural como compleja del proceso que en sí misma encierra la historia de la cultura, la escisión dentro de las instituciones y el choque de las afinidades y desacuerdos entre los individuos. La comprensión de los motivos de una escisión y su explicación exigen del historiador el empleo de los sutiles instrumentos implícitos en la ponderación justa. Javier Garciadiego en su artículo “Los

orígenes de la Escuela Libre de Derecho” dice que a contrapelo de ellos ocurre una transformación que rebasa las circunstancias para trascenderlas con creatividad y responsabilidad. Así, la escisión deriva de un acicate para hacer un balance de la historia propia y con ello replantear las acciones para el presente y porvenir.

En la confrontación entre Gómez Morín y Vasconcelos ocurrirá un fenómeno humano entre individuos con repercusión social y política. Los afanes de ambos provienen de idéntica matriz: contribuir a la construcción de la democracia dentro de las cauces institucionales. Sin embargo, los desacuerdo se dibujan en las estrategias que responden a visiones de mundo y vías para su cristalización, amén de las naturales diferencias debidas a la edad y a los plazos para alcanzar las metas. Una vez más, Garciadiego echa mano de invaluable fuentes directas y de atemperada voluntad de comprensión de los dos sujetos, valorados en su dimensión humana como individuos y en su alcance social y político como actores públicos. Sin llegar a la ruptura, la discreta distancia entre ambos permitió la afirmación de convicciones y el despliegue de habilidades y estrategias para la consecución de fines propuestos. Conocemos el desenlace.

Finalmente, el libro *Cultura y política en el México posrevolucionario* de Javier Garciadiego se debe leer sentado y ante una mesa por su voluminoso número de páginas —que amedrentan al más templado—, mas no por la densidad de sus explicaciones, que resultan ser amistosas y hasta entretenidas, porque el relato histórico del autor está elaborado bajo la exigente norma del bien contar, sin ánimo de pretender una historia narrativa. Quien así lo desee lo po-

drá sólo consultar, pero el provecho resultará sensiblemente menor, más porque el espíritu que anima al autor es mostrar cómo se fue construyendo la cimentación de un México que eligió el camino de las vías institucionales y del parlamento entre los

hombres, como sólo lo permite un ámbito de cultura y civilidad■

Víctor Díaz Arciniega
Departamento de Humanidades, UAM-A